

Marcelo Pogolotti

Jorge Arche ha Muerto

M. 15-1956

TORGE Arche era a la par hombre y pintor bien nacido. Los dos términos distan mucho de ser inseparables. Sabido es que con demasiada frecuencia sucede lo contrario. Mas, en el caso de Arche, no sólo andaban siempre juntos sino que se compenetraban plenamente. Incluso conocemos pocas obras de arte que expresen tan cabalmente este maridaje. Bien sabemos que una cosa es la ética de la estética y muy otra la estética de la ética, de suerte que nos hacemos cargo de todo lo aventurado que resulta afirmar que ambas se funden a la perfección en la pintura del destacado artista cubano que acabamos de perder en Cádiz a sólo cincuenta y un años de edad. Por supuesto que no es asunto de evaluar aquí y ahora, pero sí podemos intentar una somera caracterización. De inmediato resulta evidente que la pintura de Arche revela una gran honradez de factura y concepción. Las formas, claras y escuetas, están delimitadas con esmerada nitidez. Así presentadas con limpia sencillez, llevan el sello de una afirmación franca y despojada. Su dureza misma, agradable o no, puede asociarse al estilo de nuestro momento, libre de sensiblería. Los contornos están marcados con rotunda e indubitable precisión. Un gran cuidado en la ejecución y una escrupulosa pulcritud de oficio acompañan la minuciosa representación. Como en ciertos maestros flamencos de los siglos XV y XVI, la paciencia aspira a convertirse de virtud humana en artística. En ellos la minuciosa reproducción de los encajes, bordados, adornos de orfebrería, pelos, accidentes cutáneos y matices del iris no respondía tanto a un alarde técnico como al prurito de ofrecer una semblanza exacta y honesta, un producto acabado y de calidad. Tampoco el retratista cubano estaba movido por la menor veleidad jactanciosa. Su modestia, su reciedumbre y su rectitud eran de todo punto dignas del estoicismo que informaba a los viejos maestros flamencos, con los que tenía también alguna afinidad temperamental, no obstante su alma latina y el generoso corazón que latía en su pecho robusto, siempre abierto a las buenas causas.



Así era este hombre noble y sobrio, libre de envolturas, sencillo, llano y directo como sus formas pictóricas. Fino por naturaleza aunque sin rebuscados refinamientos. Equilibrado como sus composiciones. De una sola pieza, su inalterable estabilidad se define en el sentido estático de sus obras, bien organizadas como si obedecieran al reconocimiento estoico de un orden superior. Consecuente consigo mismo y con los demás, más que una ética encarnaba un carácter que nos revela claramente la grafología de su pintura. Tenía un bello rostro, a la vez viril y bondadoso. Su mano leal y fuerte había sido vigorizada, a la par que desarrollado su poderoso tórax, por el manejo de los apoyos de que tenía que servirse para caminar, a consecuencia de su pierna inutilizada por la parálisis infantil. Así, supo fortalecerse con una desventaja, abriéndose camino con resolución y energía. Conservóse independiente y llevó una vida plena de trabajo y creación, pero también de trances crueles que encaró con decisión y valentía, sobreponiéndose asimismo a los hábitos propios de un hijo de familia acomodada. Solía, incluso, residir en terceros y hasta cuartos pisos, no sólo por necesidad, pero como si se complaciese en vencer obstáculos físicos, subiendo empinadas y difíciles escaleras. Desde muy temprano se incorporó al impetuoso movimiento de renovación de las artes plásticas cubanas, que arranca de 1925. Sus numerosas telas recogen las semblanzas de gran parte de las figuras de nuestro mundo cultural.

6

1000127

2

También fundó la Escuela de Artes Plásticas José Martí, en Camagüey, secundado por un grupo de artistas, entre los cuales se cuentan algunos de nuestros más destacados pintores y escultores. Esta esforzada empresa de cultura y abnegación le costó no pocos disgustos y sacrificios, pero logró mantenerla en pie, habiendo conseguido la inclusión en el Presupuesto de su dotación, cuando la llegada del presente régimen la echó abajo. Ahora la Escuela bien podría llevar su nombre, en memoria del artista que la fundó, por cuanto el del Apóstol está grabado en todos los corazones, a más de honrar otras muchas instituciones. Cuando Jorge Arche empezó a reponerse del mal cardíaco que le agredió hace un año, decidió realizar el sueño que había acariciado durante toda su vida, antes de que fuese demasiado tarde, y que es el de todo verdadero artista. Así, marchó a Europa para regalar su espíritu con la contemplación de las más admirables creaciones del genio. Le imaginamos libando sediento en los manantiales de colores y formas que manan desde hace siglos la más depurada belleza que ha sido capaz de producir el hombre. Mas, no sabemos si sus limpias pupilas llegaron a pasearse con fruición sobre la aterciopelada pátina de la pintura grave, serena y profunda de sus amados maestros flamencos. Así lo esperamos, de todo corazón.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA